

El giro hacia el lenguaje en la filosofía contemporánea * **

Se trata de comprender la función necesaria del lenguaje en la conformación global de la vida humana y comenzar a plantear en ese punto los problemas. Al hacerlo, la atención se orienta a los desarrollos más nuevos de la filosofía, dado que encontramos aquí un fenómeno importante: el lenguaje, prácticamente ignorado durante siglos, mirado a veces incluso con pronunciada desconfianza, ha pasado a ocupar el punto central de la problemática actual.

Fundamentalmente en dos razones estuvo basada tal falta de interés -si no incluso desconfianza y hostilidad- hacia el lenguaje por parte de la filosofía y de la ciencia. La primera es la acusación de inexactitud, de imprecisión hecha a los significados de las palabras que el lenguaje determina. El lenguaje sería -de acuerdo a esto- un instrumento demasiado imperfecto, demasiado basto como para poder reproducir un discurso conceptual estricto. Palabras de igual sonido tendrían a menudo sentidos diferentes, en tanto que por otro lado existirían —en forma super-flua- diferentes palabras para un mismo concepto. Y aun cuando se pudiera tratar de evitar esto con delimitaciones más precisas, quedaría el hecho mucho más negativo de que muchas palabras del lenguaje -y precisamente las más importantes- no pueden aparentemente definirse con claridad. ¿Quién pretendería definir claramente qué es *estar* y qué es *ser*? Hay matices afectivos y [195/196] asociaciones semánticas que resultan evocados por añadidura. Particularmente «nefastos» -desde el punto de vista de la aspiración a la claridad conceptual— serían los innumerables contenidos impropios, figurados, metafóricos, que impregnan todo el lenguaje. ¿Quién podría precisar con exactitud qué es una casa, un pie, una hoja, en los diversos usos lingüísticos posibles? Y conste que he evitado intencionalmente palabras difíciles y ambiguas.

La ciencia ha tratado por ello de liberarse -totalmente o al menos en parte- de la imprecisión, sea definiendo estrictamente por lo menos sus conceptos básicos —para lo cual se ha servido preferentemente de neologismos y extranjerismos, que tienen la ventaja de ser definibles arbitrariamente, porque, al ser nuevos, no están gravados de antemano por su concepción en el lenguaje cotidiano-, sea creando -en la lógica moderna- un lenguaje simbólico independiente de las servidumbres de la lengua hablada y de sus palabras, aunque por cierto este lenguaje simbólico necesita, para ser introducido, el recurso a la lengua cotidiana corriente. No queremos entrar todavía a valorar este reproche, es decir, a la cuestión de hasta qué punto esa imperfección no se revele quizás como sólo aparente, e incluso como una ventaja especial del lenguaje. Subrayamos simplemente la razón de la desconfianza hacia el lenguaje.

El segundo reproche está dirigido contra la violencia que el lenguaje haría al pensamiento, en particular contra lo que se ha dado en llamar la «superstición» o el «fetichismo» de la palabra: a saber, que tendemos a tener por reales muchas cosas sólo porque el lenguaje tiene una palabra para designarlas. Este argumento se esgrime particularmente en el sentido de que sólo creemos en la existencia de esencias generales porque el lenguaje dispone, en sus conceptos generales, de palabras para designarlas. Pero también podría pensarse en la idea de Whorf de que el pensamiento occidental tiende a suponer para todo acontecimiento un soporte del acontecimiento pura y simplemente porque la oración indogermánica se estructura de acuerdo al principio de sujeto y predicado.

* Erschienen in: Universitas. Revista Trimestral Alemana, Vol. XXIO, 1984, S. 195-202. Die Seitenumbrüche des Erstdrucks sind in [...] in den fortlaufenden Text eingefügt.

** Cfr. con respecto a este trabajo la obra de O. F. Bollnow, «Sprache und Erziehung» (Lenguaje y educación), 3a. ed. 1979, con consideraciones acerca de aspectos filosóficos del problema lingüístico. *La Redacción.*

Es así que puede entenderse la poca atención dedicada por la filosofía moderna al lenguaje. En ninguno de sus grandes sistemas tiene el lenguaje un rol fundamental. Aquellos pensadores que se ocuparon más detenidamente del lenguaje, como Herder, Humboldt o Schleiermacher, fueron casos aislados en lo [196/197] que se refiere al desarrollo global de la filosofía, sobre el que poco influjo tuvieron. Y cuando, a partir de principios del siglo XIX, se constituyó una ciencia del lenguaje independiente, los lingüistas tuvieron que arreglárselas solos en la reflexión acerca de las bases mismas de su disciplina. Los filósofos profesionales no les aportaron ayuda alguna, y tomaron poca cuenta de los resultados obtenidos. Tampoco la pedagogía pudo recibir de ahí ningún estímulo.

Pero esto comienza a experimentar un cambio fundamental en las últimas décadas. La filosofía del lenguaje deja de ser una disciplina especial más entre muchas otras para acercarse al centro de toda la reflexión filosófica y comienza a ocupar el puesto de disciplina filosófica crucial que durante mucho tiempo tuvo la lógica y en el cual ésta fue sustituida por la teoría del conocimiento a partir de fines del siglo XIX. «No se dice hoy en día novedad alguna al constatar que los filósofos de los últimos decenios han llevado cada vez más al centro de interés de la investigación la cuestión del lenguaje y en particular la cuestión de la referencia y el significado de las expresiones lingüísticas.»¹

Este desarrollo verdaderamente revolucionario requeriría un tratamiento especial. Sólo podemos aquí hacer referencia aclaratoria a unos pocos nombres. Entre ellos en primer lugar Cassirer, que dedicó al lenguaje el primer volumen de su «Filosofía de las formas simbólicas». Retomó el enfoque kantiano, según el cual el conocimiento no es mera copia, sino actividad creadora, pero lo amplió más allá del dominio de las meras actividades cognoscitivas, demostrando que además de las formas de la percepción y del pensamiento hay otras fuerzas operantes —llamadas por él «formas simbólicas»— con las cuales estructuramos nuestra imagen del mundo: el mito, el arte, etc., y entre ellas, la más elemental, el lenguaje. Y el lenguaje —tal el desarrollo de Cassirer— no copia una realidad preexistente, independiente, sino que conforma la realidad, y «poseemos» la realidad básicamente sólo en su conformación lingüística.

También hay que nombrar aquí al injustamente olvidado Hans Lipps. En la búsqueda de una «lógica hermenéutica», es [197/198] decir, de una lógica que —a diferencia de la «lógica formal» tradicional— trate de entender los esquemas formales ya hechos a partir de las situaciones vitales de las que han emergido, fue llevado éste a poner de relieve el poder del lenguaje como conformador de la vida, en especial el de una palabra concreta dicha en una situación determinada. Hablaba de una «potencia de la palabra», de un poder del lenguaje para la conformación de la realidad.

Referencia habría que hacer también a Gehlen, que en su obra antropológica más importante, «El Hombre», desarrolló en detalle una teoría del lenguaje basada en las distintas «raíces», y en especial con respecto a la «función de descarga» del lenguaje. Pero sus planteos apuntan más bien en otra dirección.

También en el pensamiento tardío de Heidegger el lenguaje fue cobrando una importancia cada vez mayor. «La reflexión sobre la esencia del lenguaje» subraya, debe «alcanzar otro rango. No puede seguir siendo mera filosofía del lenguaje», es decir, no puede seguir siendo apenas una disciplina especial definida por su objeto particular. La íntima conexión del lenguaje con el ser y con el hombre es resumida por él en una frase cargada de sentido: «El lenguaje es la morada del ser. En su recinto habita el hombre». Y frente a la negligencia para

¹ R. Haller, «Die linguistische Methode der Philosophie» (El método lingüístico en la filosofía). *Wissenschaft und Weltbild* (Ciencia e imagen del mundo), año 18, 1965, p. 133. Cfr. también O. F. Bollnow, «Sprache und Dichtung». (Lenguaje y poesía). *Symphilosophiein*. Informe sobre el 3er. congreso alemán de filosofía. Munich. 1962.

con el lenguaje reafirma la importancia del problema educativo, del «aprendizaje del habitar en el hablar una lengua». Debemos ocuparnos en mayor profundidad de la cuestión de hasta qué punto tiene sentido aplicar al lenguaje la imagen de una morada para el hombre.

No podemos continuar con la enumeración. Habría que mencionar aún otras cosas. Valga como indicio de la creciente importancia actual del lenguaje que «Verdad y Método» de Gadamer, que según la intención de su autor debería abarcar la totalidad de una filosofía hermenéutica, trata en su parte tercera y última, del lenguaje, y que también Liebrucks ha presentado una filosofía del lenguaje totalizadora.

En este contexto es significativo que también la filosofía inglesa y americana muestren un desarrollo similar que influye cada vez más en la filosofía de lengua alemana. Es tanto más concluyente como elemento probatorio, cuanto que, partiendo de una lógica predominantemente crítica hacia el lenguaje, se acercan cada vez más claramente al desarrollo de la filosofía alemana esbozado, por un camino que les es enteramente propio [198/199] y peculiar. Refirámonos aquí solamente al vuelco del Wittgenstein tardío. Es un giro de ciento ochenta grados con respecto a la posición crítica que antes defendía, cuando declara al final que los problemas filosóficos «se resuelven mediante la comprensión de la obra de nuestra lengua» y exige por ello el regreso «al áspero suelo» del lenguaje. Totalmente diferente es la filosofía del lenguaje del americano Whorf, con su «principio de la relatividad lingüística». Se puede mostrar con ello que el giro hacia el lenguaje no es un desarrollo específico alemán, sino un movimiento mucho más amplio.

Como paso previo al planteo de la cuestión me parecen necesarias algunas consideraciones, que -en la medida en que puedan aspirar al título de filosofía- querría llamar, exagerando un poco la formación, una filosofía del lenguaje sin (mejor dicho: provisionalmente sin) lingüística. Que esto va dicho sin menospreciar a la lingüística quedará claro inmediatamente. Pero me parece negativo para la consideración filosófica el orientarla prematuramente hacia los resultados de las ciencias particulares, o incluso el hacer de éstos su punto de partida. Porque hay una serie de aspectos importantes del lenguaje que no llegan a verse en absoluto desde una óptica filológica. La lingüística se dedica ante todo a las formas objetivas, a las palabras y a sus relaciones sintácticas, en cierta forma al material con el que el lenguaje construye sus obras. Esto es así por su esencia misma en tanto ciencia asignada a un dominio de objetos particular, al lenguaje. Pero sin querer con ello trazar límites que recortaran las posibilidades de la lengua, hay de todas maneras una serie de fenómenos de la vida lingüística que son enteramente independientes de los medios utilizados por la lengua para cumplir con sus funciones, en particular de las palabras concretas de que se sirve y que requieren por cierto una investigación especial.

Entre ellos por ejemplo las situaciones en que los hombre se encuentran para hablar, y las formas en que hablan entre sí o en que uno se dirige al otro. También la tonalidad en la que afinan su hablar. Que alguien hable con el otro p. ej. cordialmente, o que lo interpele con ira, es independiente de las palabras que para ello utiliza, puede incluso ser comprendido a grandes rasgos también en una lengua extraña. Más allá de ello, también ciertas formas típicas de expresión lingüística marcada, para las que es difícil expresar un común denominador adecuado [199/200] cuando, y que provisionalmente pueden quedar aclaradas con una serie de ejemplos: a ellas pertenece la palabra dada por una persona a otra, el contrato que se firma con otro, el refrán o el slogan en la lucha política y también la poesía lírica; todas estas son configuraciones lingüísticas relativamente discernibles, en las que se manifiesta el poder de la palabra, y son también en gran medida independientes de los medios lingüísticos particulares con los que se las expresa. Estas configuraciones hechas forma podrían ser designadas -utilizando una posibilidad de distinción de la lengua alemana- tal vez como «Worte», en contraposición a las palabras aisladas («Wörter») del diccionario.

Todo esto debe ser visto y desarrollado en sus distintas dimensiones, antes de dirigirse a la lingüística con preguntas concretas y de procurar utilizar los resultados de ésta en la pedagogía. A diferencia de la situación en otras ciencias, como la física, la química, etc., el lenguaje no es algo que conozcamos sólo a través de la ciencia, sino que conocemos desde siempre, a partir del contexto de la vida cotidiana; todos sabemos de antemano qué es hablar y qué es la comprensión inteligente de lo hablado. Y es de esa comprensión dada primariamente del lenguaje que hay que partir (incluso por razones puramente metodológicas).

Queda planteado así un amplio campo para la reflexión filosófica acerca del lenguaje, que debe ser emprendida en forma parcialmente independiente de las configuraciones que estudia la lingüística, y que por ello debe ser emprendida también previamente. Por supuesto que el filósofo, y el pedagogo que se sirve de reflexiones filosóficas, deben tener en cuenta siempre la investigación empírica y confrontarse con ella, pero para poder hacerlo de manera adecuada, tienen que haber desarrollado antes sus propias preguntas, Si no, corren el riesgo de ser abrumados por la multiplicidad desordenada de los resultados que se les imponen o de ser desviados por ellos en una dirección ajena. Y también la educación lingüística sería mal interpretada si se la concibiera como filología aplicada. Por eso es necesario desarrollar primero en estas consideraciones previas, en cierta medida divagaciones, las preguntas que luego deberán ser investigadas en detalle en conexión con la lingüística.

Hay que estar aquí en guardia contra una simplificación errónea. No se trata de que la filosofía deba aportar los fundamentos sobre los que las disciplinas especiales construyen luego, y que, una vez establecidos, serían de carácter definitivo, de manera tal que entre filosofía y disciplina particular surgiera una relación de desarrollo en una sola dirección. Tal relación unilateral de fundamentación de las disciplinas científicas a partir de los fundamentos preestablecidos por la filosofía -concepción antes defendida por muchos, sobre todo en los sistemas idealistas, y que hoy subsiste en parte- no puede sostenerse. Antes bien, debemos reconocer la dependencia de la filosofía del trabajo de las ciencias particulares. Lo que la filosofía descubre en su acceso inmediato tiene apenas el carácter de bosquejo provisional, que puede luego ser comprobado, modificado o incluso refutado por los resultados de las ciencias particulares. De esta forma pueden ver la luz conexiones enteramente nuevas e inesperadas, de las cuales la fundamentación anterior no tenía idea y que nunca se hubieran hecho visibles en una reflexión puramente filosófica. El progreso científico tiene lugar solamente en el proceso de alternancia -por naturaleza nunca llevado a término— entre el descubrimiento de hechos nuevos y la reflexión ulterior. Sólo en él puede mantener la filosofía la necesaria apertura fundamental de sus planteos.

Desde ese punto de vista, el desarrollo de la fundamentación en la filosofía del lenguaje sería determinado: no puede partir de los elementos constitutivos particulares del lenguaje, las palabras, para tratar de llegar desde ellos a las configuraciones de grado más alto e investigar por fin el uso de éstas en el contexto vital. Antes bien, tiene que partir del todo y tratar de encontrar, mediante una concretización creciente, el camino hasta los elementos constitutivos particulares. Pero ese todo no debe buscarlo ni siquiera a nivel del lenguaje objetivado, sino que debe comenzar por el contexto vital en el que los hombres se hablan, e investigar aquí las distintas especies, sea dialógicas, sea monológicas, atendiendo a su función vital y a su forma interna. Para ello, podemos dejar en principio de lado la cuestión del «material» con el que el lenguaje trabaja; porque la comprensión de su funcionamiento es en gran parte independiente de él.

Sólo entonces debería tratarse de lo hablado propiamente, de lo que se diferencia en el fluir del discurso como configuración lingüística mayor y menor, de la breve sentencia, del refrán, del slogan, etc. hasta la poesía más extensa y los medios - en cierta [201/202] forma el «material» - de que se sirve la lengua para dar forma a tales configuraciones. Podría pensarse

aquí básicamente en un desarrollo que también considere tales configuraciones primero globalmente, en particular con respecto a la función que cumplen en la totalidad del contexto vital (ya que esto es también en gran medida posible aun sin tener en cuenta los medios lingüísticos), y descienda luego a las palabras particulares y a sus construcciones -es decir, a los «elementos».

Pero es mi opinión que otro camino es comprobablemente más adecuado: el que comienza por la función de las palabras -por cierto que no a nivel intralingüístico, en tanto miembros de oraciones y de contextos mayores, sino en su función para la aprehensión del mundo para la significación vital-, para plantearse a partir de ella la cuestión de la función del lenguaje en la construcción de nuestro mundo y en la realización de nuestra identidad. No podrá evitarse cierta arbitrariedad en el desarrollo; porque las partes individuales no se dejan jamás ordenar sin cesuras en un desarrollo rectilíneo, ya que en esencia son sólo aspectos diversos, cada uno de los cuales mira hacia la totalidad del lenguaje desde un punto de vista nuevo, representando por ende un acceso originario y presuponiendo a los dos restantes.

Los trabajos fundamentales de Hans Lipps pueden indicar siempre el camino a seguir. Quisiera hacer hincapié en el compromiso de retomar sus ideas y salvarlas del olvido.

Bibliografía:

- H. Lipps: Werke. 2, Band: Untersuchungen zu einer hermeneutischen Logik (Obras. Vol. 2. Investigaciones sobre la lógica hermenéutica), Frankfurt 1976.
- 4. Band. Die Verbindlichkeit der Sprache (El compromiso del lenguaje), Frankfurt/M. 1977.
- B. Liebrucks: Sprache und Bewußtsein (Lenguaje y conciencia) (Vol. 1, 1964-Vol. 7, 1979).
- Wilhelm von Humboldt, Frankfurt/M. 1965.